



SABER, arte y técnica

Minerva. Saber, arte y técnica

AÑO VII • VOL. 1 • JUNIO - DICIEMBRE 2023

ISSN en línea 2545-6245

ISSN impreso 2591-3840

“EL SENTIMIENTO DE INSEGURIDAD. SOCIOLOGÍA DEL TEMOR AL DELITO” de Gabriel Kessler

Gabriel Kessler (2009). *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*. pp. 288. Buenos Aires: Siglo XXI. ISBN 9789876290975

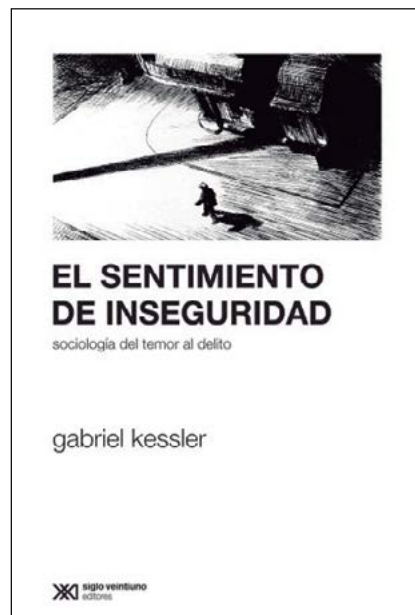
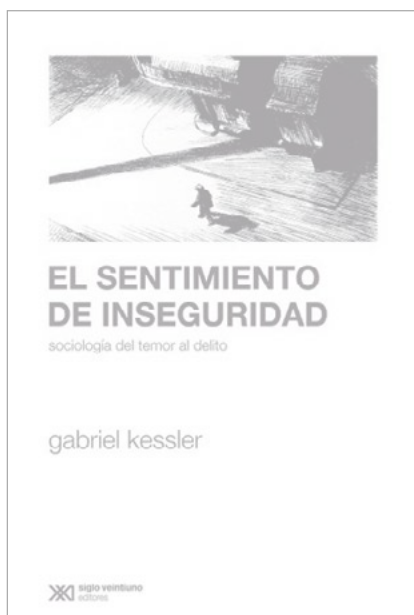
MARÍA BELÉN LEPORE
Instituto Universitario
de la Policía Federal Argentina
(IUPFA), Argentina
belu.bel227@gmail.com

RECIBIDO: 31 de mayo de 2023
ACEPTADO: 6 de junio de 2023

El autor de *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*, Gabriel Kessler, es doctor en Sociología, profesor e investigador del CONICET. Su campo de estudio es la desigualdad social, juventud, delito y el sentimiento de la inseguridad. En este libro intenta entender y explicar ese sentimiento que menciona en el título con relación al delito en la Argentina actual. Dicho análisis está centrado en su mayor parte sobre el Área Metropolitana de Buenos Aires, y usará otros centros urbanos para su comparación. También busca prever las implicancias sociales y políticas.

La inseguridad se ha convertido en una de las mayores preocupaciones públicas de Argentina. Es un tema que está en boca de todos, y se pueden visualizar grandes debates en torno a esta problemática. Desde demandas políticas hasta mercados de seguridad, donde en gran medida los medios de comunicación colaboran en la construcción de un pánico moral al situar en primer plano ciertos temas y también al reemplazarlos por otros nuevos.

Kessler explica que hace ya una década que la “inseguridad” es usada para describir la realidad, problemas públicos, como sinónimo de delincuencia sin que haya una identidad entre delito e inseguridad y, también, es una sección mediática fija. Ambas nociones están en parte superpuestas: la inseguridad no abarca el conjunto de delitos, ni siquiera todo el crimen violento y, a la vez, puede hacer referencia a acciones y sujetos considerados por ciertos grupos como amenazantes, pero que sin embargo no infringen la ley. La inseguridad, según el autor, consistiría



en una amenaza que puede recaer de forma aleatoria sobre cualquiera; en cambio, la violencia del “crimen organizado” afectaría exclusivamente a sus coparticipes.

Todo sucede como si existiera, por un lado, la seguridad real (datos objetivos del delito) y, por el otro, el temor, la sensación o el sentimiento de inseguridad (emociones irracionales o carentes de lógica frente a la objetividad de la inseguridad concreta). Entonces, Kessler presenta una diferenciación entre dos términos: la seguridad objetiva y la sensación subjetiva; la discusión sobre si la inseguridad es una sensación o si es real, si hay una realidad objetiva y otra subjetiva, esta disyuntiva no tiene resolución posible, ya que ambas están presentes en forma indisoluble.

Kessler asegura que lo que sucede es que las reacciones sociales que generan las distintas causas de muerte nunca han sido un reflejo de su magnitud ni resultado de una evaluación de las probabilidades de sufrirla o de un cálculo de riesgos: juicios morales, atribución de responsabilidades y huellas de temores pasados, hacen que algunas muertes resulten más insoportables que otras y contribuyen a que algunos problemas públicos cobren notoriedad, mientras que ciertas cuestiones, quizás más perjudiciales, ni siquiera se plantean. Otros factores presentes en el sentimiento de inseguridad son la desconfianza y el temor a la policía, la violencia institucional y la insatisfacción con la justicia. A su vez, los medios hacen de la inseguridad una sección cotidiana en las noticias. En paralelo, el mercado de la seguridad, la vigilancia privada y el control electrónico, han crecido exponencialmente y se han diversificado. El paisaje urbano fue cambiando y dividiéndose entre zonas seguras e inseguras. Muchas personas prefirieron abandonar las ciudades para establecerse en barrios privados.

En el Capítulo 1, “Temor, razón y emoción”, el autor intenta encontrar la relación entre el delito y el temor. Para ello, hace una mención especial a los trabajos de Norbert Lechner (1990) y utiliza la perspectiva metodológica en su marco teórico, para comprender los distintos miedos sociales. Distingue tres dimensiones de la inseguridad: el miedo al otro como potencial agresor,

a la exclusión económica y social y, por último, al sinsentido de una situación que se considera fuera de control.

En pos de mejorar las políticas públicas, se buscó recolectar datos, pero solo tenían acceso a los delitos denunciados. Para acceder a la “cifra negra”, es decir, aquellos delitos no registrados o no denunciados, se utilizaron las encuestas de victimización, dirigidas a la población general. Las investigaciones no pudieron corroborar el aumento de la criminalidad, pero sí del miedo. No fue posible tampoco establecer una relación significativa entre el riesgo de ser víctima de un crimen y el temor. El miedo puede incrementarse, aun cuando el delito esté disminuyendo.

El libro presenta estudios longitudinales que muestran que es más probable que una mujer exprese su temor a sentirse vulnerable frente a un crimen, mientras que los varones tienden a ocultar sus miedos o transformarlos en ira. El miedo es un sentimiento legítimo tanto en hombres como en mujeres cuando hay consenso en que se está viviendo bajo amenazas del delito. El sentimiento de inseguridad se va construyendo y modificando mediante interacciones y negociaciones interpersonales.

Desde la perspectiva de este trabajo, no salir nunca de la casa o vivir en una “fortaleza” podría ser un indicador elocuente del sentimiento de inseguridad, más allá de que no se declara experimentar el sentimiento de miedo. Para la psicología experimental del miedo, el poder es importante. Es decir, no sería el objeto en sí mismo lo que causa el temor, sino la creencia en la capacidad o no para hacerle frente.

Como se mencionó anteriormente, los medios de comunicación juegan un rol central en la construcción del pánico moral, pero la realidad es que no todos los casos que se presentan en los medios o generan. Para que se produzca una reacción social importante, explica el texto, se necesita un enemigo adecuado, con poco poder, escasa presencia en los medios, fácilmente denunciable y sin legitimidad. A su vez, la víctima también tiene que ser la “correcta”, alguien con quien uno pueda identificarse y, por último, se necesita que ese problema le pueda pasar a cualquiera, en cualquier lado. También se necesita cierta repetición.

En el Capítulo 2, “El sentimiento de la inseguridad en la Argentina”, se presenta el interrogante sobre si ese sentimiento es un temor irracional. Kessler explica que, cuando en una sociedad determinada hay personas victimizadas, circula más información sobre estos hechos, una mayor cantidad de conocidos se enteran y lo difunden en sus conversaciones cotidianas, y así se va intensificando la preocupación por el tema, se haya sufrido un delito o no. Sin embargo, la temporalidad subjetiva del sentimiento de inseguridad es de corto alcance, marcando siempre un rotundo corte con una supuesta tranquilidad del pasado.

En cuanto a las figuras del temor, se difunde la idea de un delito juvenil desorganizado, producto de una degradación social, opuesto a los “delincuentes de antes” que tenían códigos y respeto. Lo cierto es que los datos que ofrece Kessler muestran una disminución en las edades de la población carcelaria. Las imágenes del delito se organizan en dos ejes: el primero es la repentina aparición, difusión y luego el rápido olvido de las formas de delito; el segundo eje es la representación de la nueva delincuencia, este eje se mantiene estable, con la figura de “Pibe chorro” (caracterizado desde su forma de vestir hasta por la música que escuchan).

Si bien la tasa de delitos no aumentó en el nuevo milenio, la perdurabilidad de la problemática en el tiempo y la sensación de que no hay soluciones son suficientes para incrementar el temor y la preocupación. Se demostró en varios contextos que la desconfianza a la policía, a la justicia y el temor al delito estaban correlacionados. Es decir, el sentimiento de inseguridad, el delito y la desconfianza a la policía se retroalimentan.

"Los relatos de la inseguridad", el capítulo 3, analiza ocho relatos divididos según el grado de preocupación (intenso, intermedio y más bajo). Los relatos se vinculan con el aspecto comparativo de la inseguridad, son plurales, entre ellos habrá varios puntos en común, y varias diferencias de causalidad (política, moral, social, jurídica). Se puede observar la diversidad de posiciones frente a la inseguridad en cada categoría y grupo social. Hay dos variables que influyen en sus discursos: las ideas de política previa y la experiencia de clase. En cuestiones de género, los relatos más punitivos son esgrimidos por hombres.

En el Capítulo 4, "Las paradojas de la inseguridad revisitadas", el autor aborda las cuatro categorías más usuales de los estudios del campo criminológico: la clase, el sexo, la victimización y la edad. Es decir, aborda los ejes entorno a los cuales se ha estructurado el campo de estudios del miedo al crimen. Propone como metodología poner en relación el temor de cada grupo con sus tasas de victimización.

Los estudios cualitativos locales, por su parte, se han interesado en el temor de los más pudientes, una de cuyas evidencias sería salir de las grandes ciudades para desplazarse hacia las crecientes urbanizaciones privadas.

Qué dicen las encuestas nacionales, se pregunta Kessler. En 2005 indican una mayor tasa de victimización en los estratos más altos de la Capital Federal, Mendoza y Gran Buenos Aires. Por su parte, en 2007 para la Ciudad de Buenos Aires muestra que, si bien la tasa general era mayor en los estratos socioeconómicos más bajos, cuando se identificaba mediante un análisis de factores al grupo social con más probabilidad de ser víctima de un delito violento o patrimonial, resultaba ser el estrato alto que vivía fuera de los barrios más homogéneos de sectores medios-altos. Por lo tanto, concluye el autor, lo que se asocia más con la vulnerabilidad del delito no es la clase o la localización por separado, sino la conjunción de factores socioeconómicos y ecológicos.

En todas las dimensiones del sentimiento de inseguridad, el género marca una importante diferencia. Las mujeres son más propensas a expresar sus miedos, a sentirse vulnerables frente al crimen, y los hombres a callar o a transformar su temor en otros sentimientos, como la ira. Hay dos cuestiones que están presentes a la hora de evitar el peligro sin poner en juego la masculinidad: por un lado, las armas (poder y fuerza, que anulan toda posibilidad de un enfrentamiento parejo), y por el otro, el temor altruista. Por último, también se tiene en cuenta la edad en los estudios criminológicos, donde los jóvenes aparecen como el grupo más victimizado, y el que menos temor expresa, mientras que en los adultos mayores, sucede lo contrario.

"La gestión de la inseguridad" se denomina el anteúltimo capítulo. Dicha gestión comprende una amplia gama de dispositivos y formas de gestión de los vínculos cercanos; deja sus marcas en la socialización de los hijos, una sociabilización de la gestión de la inseguridad no presupone una generación educada con miedo, sino con autonomía y resguardo; implica competencias necesarias para desempeñar un trabajo y vuelve más complejos los intercambios económicos

simples. El territorio resulta central, al estudiar estas prácticas. En los barrios más acomodados de la ciudad, poseer dispositivos de protección hace que la vulnerabilidad al delito disminuya, pero solo en las áreas donde hay grandes cantidades de dispositivos y servicios públicos y privados; en otras zonas su eficacia es escasa. Algunos dispositivos, explica Kessler, permiten el distanciamiento emocional (dejar la casa sola y poder irse tranquilos), otros implementos con mayor presencia (rejas), incrementan el temor o al menos, lo recuerdan.

El último capítulo, "Tramas urbanas y consensos locales" hace un pasaje por otros lugares distintos de Buenos Aires. En los tres casos iniciales, en ocasiones hay temor y preocupación, pero se conserva la tranquilidad al compararse con Buenos Aires. Hay una cierta preocupación por el futuro, pero este no asegura el temor creciente, en muchos casos se olvidan con el tiempo. El eje es la idea de aceptabilidad: vivir en un pueblo o ciudad con cierto tamaño y cantidad de habitantes, implica algún grado de aceptación de cierto umbral del riesgo.

Cita Sugerida: Lepore, M. B. (2023). Reseña de "El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito" de Gabriel Kessler. *Minerva. Saber, arte y técnica VII* (I). Instituto Universitario de la Policía Federal Argentina (IUPFA), pp. 110-114.
